

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

A CAROLINA CORONADO.

De vos la muy sabia é mas honorable
ilustre donzella, de España ufania,
yo cuido en cantares loar la valia
é voz falaguera con voz semejable:
empero, si en esta materia mirable
mi péndola finca por ál denostada,
conórtame ende que en esta vegada
me anima la vuesa vision deleytable.

Por vos, clavellina, la blanca é oliente
que nasce en vergeles, é flor de las flores,
mil cuitas padescen Amor, los Amores,
el sol, las estrellas é el alva riente.
Empues que vos llaman la bien pareciento
por deudo al escanto de aquesa apostura,
corona el ingenio vuesa fermosura,
por tantos derechos á todos placiente.

Los lauros que en trovas aveis conquerido
de eternal renombre vos son ya finanza:
los tales ofrescen al mundo membranza
del mas alto ingenio, granado é subido:
Maguer intentaren con eco empecido
turbar vuesa calma los sandios golhines,
burlad-vos, donzella, de alevos malsines;
cá siempre al hondrado vereis maltraido.

Semeja la invidia superba al Alcon,
que á tierna colomba rebato dá é prisa,
é enciente en la alcándara estava de guisa

que plañir tan solo sabia su prision.

Si fuyes, ó dulce avecica, de son
que todos te judgen por muy mal andante,
del mar en las linfas recude á tu amante,
fallar atendiendo en él defension.

Con hondo alborozo sabrálo ensañar,
de sendos nublados vestir horizontes,
é de olas é espumas con muy bravos montes,
fazer á la invidia gemir é temblar.

De lueñe las aves verán asomar
la blanca colomba que aun ama el Amor,
la flor mas garrida que nasce de flor,
é por quien fallestce de amores el mar.

Con las coloradas é apuestas razones
é mil omillanzas farán aguisado
al ingenio vueso, por ser bien hādado,
de muy alta guisa los mas infanzones.
Tambien los sesudos é graves varones,
que en noble cobdicia de grandes saberes
la vida gastaron é muchos averes,
á vuestos decires loarán en sermones.

E cumple del canto de nescios grajelos
que ya relevades los blandos oydos:
para Filomenas non son sus graznidos,
cá non deben grajos sobir á los cielos.
La dulce avecica, maguer que con zelos,
vos cante, vos flore, vos diga «fermosa:»
vos traiga en el pico la mas gaya rosa,
qual nonca ha besado cristal de arroyuelos.

ADOLFO DE CASTRO.

UNA MARTIR DESCONOCIDA,

ó

la hermosura por castigo.

CUENTO MORAL.

[CONCLUYE.]

Desde aquel día que tan venturoso había de ser para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios y de su corazón el contento; pero su seriedad, bien que triste era bella: todos eran á decirsele y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en el metro de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados entre quienes solía repartir caritativa sus tesoros! Ellos le veían, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... «Quizá vea mi retrato en esta criatura:» exclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecían á Favencio. Desesperada, furiosa, se arancó muchas veces sus ricas galas, desgredió su cabello y se vistió con un traje tosco de esclava... nunca mas seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia y al mismo Favencio que para no alabarla no la mirasen; fué obedecida; pero ¡cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos! ¿Quién la libraba? Y aquellos inocentes admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mugeres veían, no podían menos de prorrumper con el lenguaje arrebatado de la infancia: Madre, querida madre, tú eres la mas hermosa de las mugeres!—Sí, respondía ella para sí suspirando: soy la mas hermosa del mundo y es tal mi desdicha que no puedo ver lo que soy. Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una como carta á su esposo, refiriendo la aparición de Flaccila y la dura ley á que

estaban sujetos sus ojos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que le ofreció su madre cuando le anunció que vería. Consideró que si no llevaba con paciencia la privación de verse, durante su vida, no solo no ganaría la palma del martirio, sino que ni aun tendría el consuelo de conocerse cuando se muriera; y por saciar su curiosidad á lo menos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignación aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la había apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad; y aquel mismo impulso la conducía por fin á la virtud y á la dicha; prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan ó nos benefician, segun el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria, gastada algun tanto su curiosidad con el tiempo, fué-se poco á poco avezando á oír sus elogios, primero sin ira, después con tolerancia, mas adelante con sufrimiento y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensación dolorosa al oír una razón ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante después obraba el conocimiento y decía: cuando muera me verá: sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto. No se escondía ya de las gentes para escusarse de oír felicitaciones y cumplidos; no se vestía mal para quitar lucimientos á su belleza; salía con frecuencia en público preñada y adornada como correspondía á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurriósele varias veces que su belleza naturalmente debía decaer con los años y cesar la mortificación que le ocasionaba: equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecía con la delicada hermosura de la doncella: de treinta descollaba con la sazónada y perfecta beldad de la esposa: de cuarenta ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijos y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era

menos. Ya Teodosio había muerto. En aquel medio siglo todo había envejecido al rededor de Pulqueria; Pulqueria no; Pulqueria tenía la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, vinieren de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada al tocador, con el inútil espejo delante, se hallaba Pulqueria, en su cámara de vestir dejándose engalanar por sus damas, cuando la ilustre turba invadió la estancia precipitándose á los pies de la hermosísima abuela. Echada la bendición á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quien le servía el calzado, quien le rodeaba el ceñidor, quien le ponía el collar, quien le echaba á los hombros el manto, quien le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema que solo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre: Pulqueria, no obstante había disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. «Mirate al espejo, señora, le dijo con tierna efusión la mayor, y mas hermosa de sus nietas, mírate y verás como todavía nos vences á todas en hermosura.» Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy agena de verse, y por primera vez de su vida percibió en el espejo una imagen que debía ser la suya. Vió primero una niña de pocos dias, que sin embargo era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de mas, y así fueron apareciendo en el espejo cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos, de manera que en un instante conoció Pulqueria todo lo que había sido, todos los grados de belleza que había contado desde que nació hasta aquel mismo dia. ¿Con que esta fui yo? dijo Pulqueria con un acento de indefinible espresion, que confundió á su familia, la cual no veía en el espejo, mas que la imagen de la abuela tal como naturalmente debía entónces representarla. ¿Con que esta soy yo? volvió á decir mucho mas conmovida y ya balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo,

aquella voz que le hablara lo menos treinta y cinco años antes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo: «Esta fuiste, hija mia; pero mira lo que vas á ser ahora.» Súbito desaparecieron en el espejo los atavíos mundanales de la princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenian sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empero; en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente simbolo de bienaventuranza durable; dos alas candidísimas doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así representada una figura de un ángel que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalem celeste, vió Pulqueria en el espejo despues de las gracias de su ser físico, la imagen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó caer blandamente la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu en brazos de la bienaventurada Flaccila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La plata del espejo que ya no habia de ser profanada con otra imagen, perdió su diaphanidad convirtiéndose en un mineral blanco y sin brillo, como alabastro sin pulimento, brotando en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de su vida, y se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder á Pulqueria, se mitigó al entender por el escrito que Pulqueria infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenia la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponian al tocador para vestirse de baile, añadía de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: En efecto, queridas, el mayor suplicio para la muger es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate su orgullo.

IMPROVISACION.

A LA MUGER MAS FEA DE ESPAÑA.

Venid, Señora; á escuchar
la unánime votación
que España acaba de dar:
venid; que os vá á coronar
FEA por aclamación.

Monstruos mil se presentaron;
mas con voz solemne y clara
los tribunales fallaron,
que otra cara no encontraron
semejante á vuestra cara.

Cual vuestra cara no hay dos:
hay de feas copia estraña,
muchas feas; ¡vive Dios!
pero sin disputa vos
sois la mas fea de España!

Os dieron la primacía:
señora; ¡cuánto me alegro!
Mas, ¡cielos! ¿quién la osadía
de mostrar, cual vos, tendria
ojo azul en campo negro?

¿Quién no siendo, cual vos, loca
mostrará á la humanidad
boca igual á vuestra boca,
aunque tuviese muy poca
vergonzosa vanidad?

La fealdad tiene pudor;
y yo, en el caso presente
(os lo digo sin rencor)
por modestia, por rubor,
me escondiera de la gente.

¡Ay! ¡cuánto haceis padecer,
mostrando vuestra cabeza
al que procura creer
en la belleza del ser,
en su bondad y pureza!

Sois una horrible creacion;
porque aun hay cosa mas rara
en esa organizacion:
que teneis el corazon

mucho peor que la cara.

Todos vuestros pensamientos
son torpes y maldicientes;
aborreceis los talentos,
las virtudes eminentes,
y los nobles sentimientos.

No hay honra libre de vos;
aunque bendita se acoja
al manto del mismo Dios;
porque en medio de los dos
vuestra calumnia se arroja.

Esteril en las pasiones,
tan solo habeis producido
zizañas y perdiciones,
dañando los corazones
con el vuestro corrompido.

Esteril en el amor,
ese fruto que habeis dado
es tambien esteril flor,
que ha brotado sin olor,
y sin semilla ha brotado.

Esteril en su egoismo,
de vuestra hija es el alma:
corazon sin heroismo,
que por amarse á sí mismo
quiere conquistar la palma.

Como nutrida en el seno
de tan venenosa harpia,
mamó por leche veneno,
que, por el labio sereno,
destila su lengua fria.

Consuelo triste en verdad
á sus pasiones estrañas
de presta en su soledad,
la envidia, que sin piedad
le devora las entrañas.

Pobre muger, sin amores,
sin gloria y sin esperanza!
yo comprendo sus rencores,
cuando furiosa me lanza
sus tiros calumniadores.

Pero tú que de la huesa,
mala anciana, á un paso estás,

deja ya la humana presa,
y no con mi fama ileso
te irrites y ensañes mas.

Déjame con mi poesia
pasar la vida inocente,
si no quieres que algun dia
tu horrorosa biografia
á las criaturas presente.

Que yo no soy la culpada
de tu espantosa fealdad,
ni con ser yo calumniada
ha de quedar disculpada
tu inmensa perversidad.

Aunque no sé si te diga
que es mi mas gloriosa hazaña
el que me odie y persiga
como mortal enemiga,
la panger mas fea de España.

CAROLINA CORONADO.

De la literatura romana en su relacion con la libertad.

Es error muy comun en nuestro concepto atribuir en gran parte el adelantamiento de las letras á la tranquilidad sepulcral de que se disfruta en un pais bajo el régimen absoluto de un monarca. Pretenden los que así piensan tener á su favor poderosas razones. Sofocada, dicen, la ambicion humana en la politica, fuerza es se dirija por otro camino y escoja el de las letras, el de las ciencias ó el de las artes, multiplicandose de esta suerte el número de aspirantes á la única gloria que el despotismo permite al hombre; ganoso siempre de distinguirse entre sus semejantes; y con la historia en la mano parecen quienes así opinan dejar confundidos á sus adversarios. ¿Cuándo brilló mas en Roma la literatura que en los tiempos de Augusto? ¿porqué llegó á su apogeo en el reinado de Luis XIV? ¿Cómo es que en España lució con grande esplendor en los siglos XVI y XVII; precisamente cuando estaba gobernada por reyes absolutos? Tales

son los argumentos que presentan los sostenedores del error que intentamos combatir, argumentos que en la apariencia deslumbran, pero que vienen por tierra tan luego como se les somete á un maduro y detenido examen.

Las dimensiones de *La Tertulia* no nos permiten desentrañar esta cuestión en un solo número; limitémonos por hoy á tratar de la parte relativa á la literatura de Roma en tiempos de Augusto.

¿Es dable á nacion alguna llegar repentinamente, lo mismo en las letras que en las ciencias, á la altura que se encontraban en Roma cuando florecia Augusto? No ciertamente; y para buscar el origen de los adelantos y de la perfeccion, obra siempre de largo tiempo, se hace indispensable retroceder á épocas anteriores. Aun cuando es cierto que las obras maestras de la literatura romana aparecieron en los tiempos de un déspota, deben su existencia á las reliquias de la libertad, que se conservaban todavia en el mundo de las ideas. Los recuerdos recientes, la esperanza, el sentimiento de la libertad jamás pueden ser estraños á la literatura, antes bien inflaman al poeta y dan mayor ensanche al entendimiento, acostumbrándole á pensar sin sugestion, sugestion que fatiga el cerebro y andando el tiempo llega á embrutecerlo. Además, como la literatura no está tan separada como algunos piensan de la política, el déspota que tiene interes en alejar de este camino á sus vasallos, acaba mas tarde por separarlos tambien de la senda que mas ó menos directamente los condujera á la política, pues el sentimiento de libertad siempre se deja ver en los poetas é historiadores eminentes, aun cuando se mezclen con las adulaciones al poder, dictadas ora por el miedo, ora por el interes, ora por cobardia. Virgilio y Horacio florecieron en tiempo de Augusto y llegaron á ser sus protegidos; pero lejos de deber cuanto valian al déspota, se descubren en sus grandes obras el sentimiento por la libertad, sentimiento que no habia muerto del todo en sus corazones, no obstante de haberlo manchado á veces con la mas vil de las adulaciones; y adviértase que cuando mas brillan en sus obras la belleza, la elevacion y la profundidad, es precisamente en los momentos en que espresan su dolor por la pérdida de la libertad.

Ademas de estos dos poetas, el uno ha-

bia combatido á las órdenes de Bruto y alcanzado la dignidad de tribuno militar en la corta época del último y fanático defensor de la libertad romana. Hablamos de Horacio, que vencido en una batalla tiró su escudo, huyó y se hizo poeta. Ovidio floreció también en los tiempos de Octavio; ¿pero fué acaso doudor al déspota ni de sus talentos, ni de su saber? Muy al contrario, pues solo le debió la persecucion, que le causó la muerte. Fuera de estos tres poetas, los distinguidos varones que dieron lustro y realce á la literatura romana son anteriores al establecimiento del poder de Augusto. En este caso se hallan Lucrecio y Catulo, que murieron antes de la usurpacion de César.

Ciceron compuso la mayor parte de sus principales obras mucho antes del despotismo de Octavio.

El mismo César fué uno de los oradores mas elocuentes, y escritor lleno de gracia y de elegancia.

Por manera que de los principales ingenios que cuenta la literatura romana, la mayor parte pertenece á épocas de mas ó menos tolerancia política, y no de tiranía. Y aun los que existieron en esos últimos tiempos, debieron lo mejor de sus trabajos á las ideas y á los recuerdos de la República, pues si á veces encontramos por ejemplo en Horacio palabras lisongeras al tirano, hallamos y no pocos elogios á los mártires de la libertad. Si observamos el curso de la literatura en Roma, echaremos de ver la decadencia á medida que se arraiga el despotismo; renaciendo el gusto de las letras en los dias de Trajano, esto es, cuanto brillaron en el trono la justicia, la tolerancia y la paz.

EL VIEJO Y LA VIEJA.

Dispuesto á meter camorra
con la tia Calasparra,
salió de casa el tio Porra
gruñendo como una garrá.

Por mas que el vejete corra,
aquel que su historia narra
hablar aquí no se ahorra
de su presencia bizarra.

En su nariz de colorra
puesta lleva una antiparra:
en la cabeza una gorra
de color azul-pizarra,
y en una y otra pantorra,
medias de lana que amarra
con cintas que en Calahorra
las mercó por una arrá.

La faja que el vientre aforra
la atencion llama por charra:
negro chaleco que forra
con bayeta verde-parra;
y por último, aunque horra
una peluda zamarra
que la fama entera borra
de todas las de Navarra.

Llegó á la casa y mazmorra
de la vieja, y puesto en jarra,
como quien juega á la morra,
le dijo: «En tiempo de mura
«fuiste una linda carhorrá
«que no reparaste en barra...
«Pase entonces; mas, pijorra,
«¿todavía te achicharra
«el pecado de Gomorra?
«Ay! si mi mano te agarra,
«aunque el demonio te acorra,
«con mi puñal-cuuitarra
«he de hacer, pringua de zorra,
«una butifarra!..»

«No digas esa molorrá...
«¿Pionas que aun soy tan panarra,
«cigarró con capa jorra,
«que ignore que cual cigarra,
«bailaste anoche en Andorra?»

Calló, y la vieja (que Larra,
si hay quien sus libros recorra
no ha descrito) una guitarra
tomó, templó y con pachorra
cantó con voz que acatarra:

«Tanta amenaza me engorra,
«me empolva, enloda y embarra:
«yo tengo quien me socorra
«si usted me clava su gorrá.»

F. S. DEL A.

Abordo de la fragata Colon:
10 de diciembre de 1849.

Sociedad ecuestre.

El martes último tuvieron lugar en el picadero de los aficionados al arte ecuestre ejercicios públicos, en los cuales se lucieron los señores Gomez y Mesa, dando muestras de su gran inteligencia y no menor práctica en este género de ejercicios. Trabajó el primero con resolución una jaca torda, dando muy buenos saltos y brincos, si bien es cierto que hizo bastante uso del castigo. Montaba el segundo una jaca negra, de buena estampa, la cual ejecutó piruetas bajas, unas obedientes y otras en defensa; galopó á ambas manos. Parecia algunas veces que no obedecia el animal al jinete, y esto llamaba la atención del público, tanto mas cuanto que al señor de Mesa todos conceden grandes conocimientos en el arte de la equitación; pero hemos sabido que se propuso no hacer uso del castigo, siguiendo en esto la alta escuela del señor Delgado, á quien ha tomado por modelo. No se limitó á esto la diversion, sino que varios jóvenes aficionados corrieron cintas con bastante soltura y destreza, las cuales, con la debida galanteria, fueron ofrecidas á varias de las lindas concurrentes, que aceptaron gustosas aquel corto tributo que los favorecidos de la suerte pagaron á la hermosura.

Problema curioso.

¿Es posible que una nuera sin haber lle-

gado á cien años, haya sobrevivido á su suegro nada menos que ciento treinta y nueve años? Quien de ello dude, lea con atención el relato de los siguientes hechos, que en él encontrará la solución de tan raro problema.

«Carlos IX rey de Francia, que nació en el año de 1550, tuvo de María Fouchet un hijo natural, Carlos de Valois, duque de Angulema, el cual vino al mundo el 28 de Abril de 1573. Al año siguiente, es decir, en 1574, murió el referido monarca.

«Casóse dos veces su hijo, el duque de Angulema; primero con Carlota de Montmorency en el año de 1591, de la cual enviudó en el de 1636, y despues con Francisca de Nargona. Dicho duque dejó esta vida en el año de 1650. Su viuda le sobrevivió 63 años, pues murió en 1713, á la edad de 89 años.»

Ahora bien, hemos dicho que su suegro Carlos IX dejó este mundo en el año 1574, y ella no concluyó su carrera hasta el de 1615, luego es claro que la nuera sobrevivió mas de 150 años á su padre, pues la distancia entre estas dos fechas es nada menos que 159 años.

Miscelánea.

El malaventurado teatro del Balon abrió el jueves sus puertas, que mas le hubiera valido tenerlas cerradas, como prudentemente hace el Principal, y no se sabia ciertamente dónde era mayor la concurrencia si en el foro ó en el patio. Tambien es verdad que la compañía no ofrece grandes alicientes, á no ser el de oír al señor Navarro, que segun afirman, cantó un ária del *Barbero*, pero tan variada y embellecida, que el mismo Rossini no la hubiera conocido, si hubiese tenido la dicha de oirla. No obstante no faltaron algunos que le aplaudieron, como noches antes habian aplau-

dido á la señora Mugnani.

—Hemos oído decir que tal vez este invier-
no tengamos el gusto de volver á oír al señor
Verger, que trata de organizar una compañía
lírica, que es probable no sea tan endeble co-
mo la que ha trabajado últimamente en el tea-
tro Principal.

DESCUBRIMIENTOS NOTABLES.

ALFABETO.—Atribuyese á los asirios y á
los egipcios la invención de los caracteres al-
fabéticos. Platon asegura que Thaut fué el
primero que dividió las letras en vocales y
consonantes, en mudas y líquidas. La escri-
tura se extendió mucho mas tarde y con ma-
yor lentitud. Créese que Cadmus la introdu-
jo en Europa.

ARITMÉTICA.—De edad de 19 años des-
cubrió Pascal la famosa máquina aritmética,
por medio de la cual se puede hacer toda
clase de cálculos numéricos sin escribir un nú-
mero. Las piezas principales son una multi-
tud de cilindros que giran al rededor de sus
respectivos ejes, situados paralelamente. En
cada uno de aquellos están escritos dos series
de números desde el cero hasta el nueve, los
cuales caminan en sentido opuesto; por ma-
nera que la suma de las dos notas correspon-
dientes componen siempre nueve. La máqui-
na contiene varias ruedas y piñones, que en-
granjan produciendo un movimiento parecido
al de un reloj. Se conceptuó tan útil é inge-
nioso este mecanismo, que Leibnitz se ocu-
pó mucho en su perfección, la cual logró des-
pués de grandes esfuerzos.

CARDENAL.—Los primeros cardenales
fueron establecidos en el año 507: pero hasta
el de 1245 no se decretó en el concilio de
Leon de Francia que llevasen el capelo y la
vestidura encarnada. En el año de 1630 les
concedió el Papa Urbano Octavo el título de
eminencia, de que disfrutaban en el dia.

SOMBREROS.—Hasta fines del siglo XIV
no se usaron sombreros. Gastábase antes
bonetes y caperuzas. El rey, los principes y
caballeros eran los únicos que tenían el de-
recho de llevar bonetes de terciopelo galo-
neados. Los que usaban el clero y el pueblo
eran de lana y sumamente sencillo. Ponían-
se la caperuza, especie de capucha con borlas,
encima del bonete.

CHIMENEAS.—Algunos autores piensan
que eran desconocidas las chimeneas en tien-
po de los griegos y de los romanos, y se fun-
dan en que no han hallado ni una en el Her-
culano: otros por el contrario, sustentan que
los antiguos se sirvieron de ellas. Octavio Fer-
rarias es de este parecer, y en apoyo de su
opinión cita el siguiente verso de Virgilio:
Et jam summa procul villarum culmina fumant.

Ademas, Apio dice en el libro cuarto de
las guerras civiles, que cuando la proscrip-
ción de los triunviros, unos bajaban á los po-
zos y á las cloacas, y otros se escondían en
los cañones de las chimeneas.

CADIZ: 1849.

Imprenta de D. Francisco Pantoja, calle de
la Aduana, número 20.